

Aura Rosa Herrera Campillo*

LA SEÑA

A Reynaldo, mi compañero

Le había asegurado su temor de no volverlo a ver cuando él, al salir de casa, no le daba el beso. Un día, él, juguetón, se atrevió a decir!, “¡Agüerista!”. “Qué agüeros ni qué ocho cuartos —respondió ofuscada. Es que si no me besas cuando te vas, tengo la idea aquí —poniéndose el dedo en medio de las cejas— de que no vuelves, que no te veré más”. Lo dijo convencida. Ese beso era algo así como una seña, una promesa de retorno. Y reafirmando su sospecha, instintivamente se abrazaba a su cuello al momento de partir. Y él: “Tonterías tuyas mujer”, sonreía, la besaba y salía. Recordaba. Bien sabía ella que no le hacía caso. Ahora, ¡quién lo iba a decir!, lo observaba a través del pequeño rectángulo cristalino: pálido, demacrado, y por entre sus párpados inmóviles adivinaba sus oscuros ojos extasiados en un vacío inconcebible. Ahora, ¡quién lo iba a decir!, los separaba, irremediamente, el simple contacto casi rutinario de sus labios al despedirse. En otra circunstancia, en otro lugar, el simple contacto de sus labios se convertía en el primer paso a la deliciosa fusión de sus cuerpos en uno solo, caliente, único. Recordaba. Contemplándolo impasible, no supo del instante en que su mejor amigo, Gerardo, descansó una mano consoladora en su hombro y, antes que voz, le brotó de la garganta un áspero ronroneo semejante al ruido de una lija contra un trozo de madera: “Ya es hora de llevársela, hermano”. Y la sentencia escuchada precipitó la oscuridad a su alrededor.

*Taller de Escritores de la Universidad Central.